

Agazapadas como dos comadreas, intercambian miraditas. Imposible saber cual es la mayor, más aun cuando alternan posiciones de autoridad según la fase de la transacción.

La más corpulenta de las dos, a cuyo lado reposa un bastón de pino, es la dueña original de la librería que fuera de su difunto esposo. Pese a la edad, extrañas lumbres aletean todavía detrás de sus ojos negros, aumentados a un tamaño descomunal por las gruesas lentes de los anteojos de nácar. Cuando habla o sonríe despliega unos pocos dientes amarillentos que danzan en una boca de labios finos y descoloridos. A primera vista podría resultar desagradable pero la costumbre permite amoldarse a lo fungible del aspecto humano.

La otra anciana es una bola con ruedas. A diferencia de la hermana tiene anteojos que se confunden con la extrema palidez de su piel, tal vez por la claridad del metal plateado de la montura. Su voz es dulcísima y la emite con seguridad de diva italiana.

El descubridor de la pareja fue el caballero brasileño Dorival, pez piloto de la Operación *Compra-de-libros-con-grabados* en la que estamos empeñados con nuestro socio, el muy porteño Carlos Alberto.

Fue un día de riguroso verano en Washington cuando se apareció Dorival en mi casa, el rostro distorsionado, creía yo por el calor.

"Tengo la llave del tesoro" balbució con emoción.

Lo hicimos sentar pues parecía estar al borde de un colapso.

"En la F Street, a la altura de la 8a, hay un fenomenal depósito de libros. Son varios pisos hasta el altillo donde, con licencia especial, permiten acceso. Allí, entre nubes de polvo y temperaturas insuportables, se puede hurgar horas y horas. No les puedo explicar lo que he visto ahí arriba. No lo van a creer..."

Y así comenzaron las visitas a lo de las viejas. Íbamos los tres, a veces juntos o por separado. A través de los meses, la colección iba cambiando de manos. Con la paciencia y la pasión de verdaderos coleccionistas, cada uno de nosotros iba separando y comprando rarísimas ediciones de todas las épocas, ornadas con grabados de los más grandes artistas. Desde la Fisionomía de Lavater ilustrada por William Blake, hasta una colección completa de los paisajes de Constable en las mezzotintas de Lucas, remontándose hasta las aguafuertes de Salvator Rosa, culminando con colecciones del período inicial del Art Nouveau con una carpeta de Sonia Delaunay, íbamos desplumando las gallinas de los huevos de oro, tratando con dificultad de tener nuestra frenesía bajo control.

Nuestro saqueo recordaba a esos cazadores que, alertados de la riqueza de algún campo, lo invaden con perros y pertrechos hasta no dejar una sola perdiz en toda la comarca. Mientras mis dos amigos arrasaban con el Quijote y la Divina

Comedia ilustrados por Doré, la tauromaquia de Goya y los árboles de Strutt, yo me dedicaba a los caricaturistas ingleses - Rowlandson, Alken y Cruikshank. No hablémos de las series enteras del incomparable Hogarth.

No es sin embargo ese botín incalculable lo que estimula mi recuerdo sino los intercambios con los dos singulares personajes de la librería en toda la riqueza de sus matices humanos, sobrehumanos y subhumanos. Hubieron momentos de tensión y hasta de hostilidad, como también etapas de armonía celestial, ésta última especialmente entre las hermanas y el impecable Dorival.

Trajeado con sus más selectas prendas de toques eduardianos y esos modales insuperables de tradición portuguesa, Dorival aprovechaba cualquier excusa para instalarse en lo de las viejas. Cualquiera que visitara la F Street durante las horas del almuerzo lo encontraba a Dorival trepado a escaleras, acostado en el piso, arrodillado al nivel de los estantes bajos, sus brazos como pistones poniendo y sacando libros con energía de cíclope.

En una oportunidad, las ancianas olvidaron de cobrar una obra en la voluminosa partida adquirida por Dorival. Éste volvió para indicarles el error y pagar la diferencia. Aquí las acciones del brasileño, frente a las de Carlos Alberto y las mías, subieron a un nivel jamás vuelto a alcanzar.

Además, el aspecto siciliano de Carlos inspiraba desconfianza. Su modalidad mediterránea se avenía mal con el estilo desapegado de las dos viejas americanas, maestras del innuendo, del sobreentendido, del *understatement*.

Yo llegué al máximo de la torpeza cuando para Navidad les regalé dos ponchos mexicanos, de colores chillones y alegres cuanto mi despliegue de efusividad. Las viejas se miraron con horror ante semejante explosión emocional y se replegaron en sus caracoles. Desde ese día casi perdí la estima que tan trabajosamente había logrado. Tuve que dejar pasar un tiempo hasta que se restableciese el equilibrio y me volviesen a conceder acceso al altillo.

De todos modos, continuaron los hallazgos milagrosos en el depósito de F Street con resultados que superaban las mejores expectativas. Seguíamos los tres almacenando maravillas, tratando de entrar en la psicología de las dos vendedoras y no meter la pata. Separados los tomos de mayor interés, venía luego la discusión de los precios, momento cargado de *suspense* en el que las hermanas entraban en un estado de múltiples metamorfosis.

Era la de bastón la que daba el veredicto final. Pero antes de llegar hasta la apetecida conclusión, se iban manifestando sutiles mecanismos rituales en los que toda la astucia y el instinto de ambas partes se afilaban como las uñas de un predador.

Los libros rescatados del caos no estabanpreciados y las viejas intentaban adivinar el valor y el grado de interés del comprador en la expresión de su rostro y en el tono de su voz, pues aunque parezca mentira, poco entendían de lo que vendían. Podían sobrepreciar pero lo más probable era lo contrario, y la sola idea de incurrir en esa posibilidad las ponía visiblemente nerviosas.

También nosotros hacíamos nuestros errores, pues la sangre fría no es el punto fuerte de nuestro patrimonio genético latinoamericano. Y aunque de lejos era el que mejor dominaba la delicada fase final, también Dorival tenía sus momentos de distracción al poner los libros elegidos sobre el mostrador.

Los ojos magnificados de la dueña pasaban del libro al comprador con una lentitud exasperante.

"Bueno - éste se lo podría vender en quince dólares..."

El asentimiento demasiado veloz de Dorival producía una rectificación inmediata.

"... pero quince es lo que valía el año pasado. El libro hoy vale treinta. Por lo menos."

Venían entonces los escarceos, los gemidos.

"Pero señora, es demasiado. También ayer a último momento me subió al doble lo que ya estaba convenido como precio definitivo!"

Ahí llegaba el guiño del ojo de la otra vieja, la bolita.

"No se aflija - usted sabe que mi hermana tiene sus días. Deje el libro y vuelva mañana. Yo la voy a convencer."

Y al día siguiente, se llegaría a un precio intermedio.

El trio latinoamericano quedó acéfalo al irse mis dos amigos a Buenos Aires para las vacaciones. Quedaba solo, librado a mis propias luces, con las viejas atrincheradas en sus inveteradas mañas, seguras en su territorialidad y fortalecidas por el apoyo mutuo.

El día era lluvioso, la oficina una insoportable caja de botines en el impersonal edificio de la Administración. A mí también me quedaba poco tiempo de permanencia en los dominios capitolinos - ¿por qué no hacer una última visita a la madriguera? Parecía imposible descubrir en ese campo ya batido una sola pieza digna de interés, pero la magnitud del desafío no logra sino aumentar el amor propio del cazador.

Obtenido el permiso de incursionar en el altillo, apelé al azar como método de búsqueda y me dejé llevar hasta un estante que hartas veces había recorrido en compañía de mis amigos.

Automáticamente estiré el brazo hacia un tomo gris de aspecto vulgar y sin leyenda al dorso. Era un volumen en cuarto, bastante desvencijado, que al abrir reveló una serie de hojas semi sueltas, prontas a desprenderse de los tenues hilos que todavía las mantenían adheridas a la encuadernación.

Un vuelco del corazón. Sentí que se me aflojaban las rodillas. El tono sepia de la primera lámina era inconfundible. Recorrí el resto con mano trémula. Sí - no cabía duda: estaba en presencia de un rarísimo ejemplar del *Liber Studiorum* de William Turner, una joya de valor inestimable.

Boquiabierto, hojeaba la serie completa de las mezzotintas que el príncipe de los artistas de Inglaterra había realizado como respuesta al *Liber Veritatis*

de Claude Lorrain. Se trataba de un medio centenar de obras maestras diseñadas y grabadas todas por el artista en punta seca, y entintadas, en los más, por otros grabadores. Más allá de las consideraciones económicas apabullaba el valor estético, que en mi apreciación de Turner no tenía límites.

Me sentí como Aladino en la cueva, con mis verdugos esperándome a la entrada. Las hermanas mal podían conocer el valor de la obra, pero bastaría mi interés para que la apartasen, iniciasen las investigaciones correspondientes y, averiguada la rareza y la calidad del ejemplar, lo ofreciesen a la Biblioteca del Congreso, procedimiento al que ya habían acudido repetidas veces.

Lo cierto es que ellas me utilizaban como un tasador gratuito de sus libros. En efecto, esperaban a que eligiera uno, entonces lo separaban y me decían que volviera la semana siguiente. Si cuando volvía consideraban que el precio que ofrecía era razonable según sus investigaciones, me lo vendían; si no, lo ofrecían a las bibliotecas con dinero suficiente para comprarlo. De ahí mi total ausencia de escrúpulos por jugarles la partida dentro de las reglas establecidas por ellas.

¿Cómo hacer, pues, para evitar otras fuentes de tasación del *Liber Studiorum*, cuyo precio superaría en mucho mis posibilidades? Volví a hojearlo con cariño. ¿Quién como yo vibraría con ese trazo varonil delineando montañas y árboles? ¿Quién compartiría tan de cerca el espíritu épico y trágico a la vez del incomparable excéntrico londinense?

Tenía que inventarme una solución y rápido para lograr apoderarme de la maravilla. Saqué un segundo volumen del estante: los ensayos de Lamb en una edición de lujo. Bajé con los dos tomos al despacho de las viejas.

Como de costumbre, cuchicheaban entre ellas, alertas y dispuestas al entrevero, estudiando cada uno de mis movimientos, observándome para interpretar la más leve de mis muecas.

Con la mejor performance de indiferencia de mi vida, deposité los libros sobre el mostrador. Para evitar el escrutinio, me dirigí hacia el pequeño lavatorio adyacente con la excusa de lavarme las manos, operación a la que acudía a menudo en tales situaciones para recuperar fuerzas. Dejé correr el agua largo rato tratando de calmarme, como hacía de chico con la cabeza bajo la canilla antes de un examen. Me sequé con una toalla de papel y salí.

Las viejas me esperaban. Se habían dispuesto estratégicamente, una al lado de la otra, erectas como sentinelas.

"Tendrá que dejarlos hasta la semana próxima - no puedo darle el precio ahora" anunció la del bastón.

Busqué los ojos de la hermana, que me sonrió con complicidad.

"Estoy por salir de viaje" dije. "No vuelvo hasta el mes que viene."

"Se los guardaremos" cacareó la gordita. "No se aflija."

"Es que quisiera llevarme al menos uno para estudiarlo durante el viaje..."

El ambiente se puso tenso, expectante. Las antenas desplegadas de las viejas sondeaban el aire y se me acercaban como queriendo palpar mis aspiraciones secretas.

"¿Y cuál quisiera llevarse?"

Comprendí estar en el momento decisivo. Si decía el Lamb, eran capaces de adivinar mi intención y otorgármelo, deduciendo que el que me interesaba realmente era el Turner. ¿O pensarían lo contrario?

Decidí no decidir. Aposté a la suerte.

"Elijan ustedes. Para mí, es igual."

El sudor de mi frente amenazaba con traicionar mi endeble *aplomb* y me alejé nuevamente hacia el fondo del salón sin apuro, recorriendo los estantes con la vista. Escuchaba el ronroneo de las viejas. Volví a acercarme. La de la voz angelical sonrió amablemente.

"Queremos que elija usted."

¿Habían decidido finalmente en mi favor? ¿Podía darme el gusto de escoger el que realmente me interesaba? ¿O esperaban mi elección para ofrecerme el otro y quedarse con el Turner? Era mi turno de escudriñar. La dueña se había inclinado sobre una pila de papeles y los examinaba con estudiada concentración mientras la otra me miraba beatíficamente.

Mi naturaleza de jugador y mis años de experiencia entre seres humanos se debatían por acertar la respuesta. Sudaba frío.

"El Lamb. Quisiera llevarme el Lamb."

Se miraron en silencio. Me pareció ver rayos láser entrecruzarse entre ellas y atravesar la librería polvorienta.

"Pues bien" dijo la del bastón, "lléveselo."

Me sentí descompuesto.

"Le costará cuarenta dólares" añadió, vagamente burlona.

Farfullé la posibilidad de una rebaja.

"Bueno, bueno. Dénos treinta y cinco..." interpuso la hermana con tono de pésame.

Les dí el dinero como quien entrega su espada. Tambaleante, salí a la calle con el Lamb bajo el brazo.

Me enteré dos meses más tarde que el Turner había sido vendido a la Biblioteca del Congreso a un precio astronómico.